

Los aliados no se mantuvieron fieles del todo al plan convenido. El anciano Blücher, vehemente como un muchacho, emprendió en seguida la marcha; mas á Schwartzemberg le preocuparon los movimientos de algunas tropas francesas que aparecieron por su flanco izquierdo, y, temiendo que sus enemigos prepararan una diversión entre el Loira y el Ródano, se apoyó sobre el Sena y el Yonne, separándose de Blücher. Napoleón, que vió la falta cometida por el general austriaco, aprovechóse de ella con rapidez extraordinaria. Habiendo recibido algunos refuerzos, encargó á Victor y Oudinot la defensa de la línea del Sena contra Schwartzemberg y corrió al encuentro de Blücher, el cual amenazaba de flanco el reducido ejército del mariscal Macdonald, que se retiraba á lo largo del Marne, en dirección de París. El Emperador de los franceses cayó como una bomba, con treinta mil hombres, en medio de los sesenta mil enemigos, muy separados unos de otros, no dándoles tiempo para concentrarse. El diez de Febrero destruyó en Champ-Aubert el cuerpo ruso de Olsonwieff; el onco batió en Montmirail el de Sacken, y el doce trituró en Chateau Thierry el prusiano de York, al que se incorporaron los restos del de Sackhen. Habiendo vencido á los lugartenientes de Blücher, revolvióse contra éste último, á quien alcanzó en Vauchamps, entre Montmirail y Champ Aubert, el día catorce, desbaratándolo por completo y arrojándolo mutilado, diezmado, más allá de los bosques de Vertus. El ejército de Blücher estaba desorganizado y medio destruído: las cuatro batallas que acababa de perder le habían costado veintiocho mil hombres, de ellos diez y ocho mil prisioneros. El genio guerrero de Napoleón brillaba como en sus mejores días. A pesar de ello, la desigualdad de las fuerzas era tan grande que las victorias conseguidas por el Emperador de los franceses no mejoraban nada la situación. Libre París de enemigos por el lado del Marne, era amenazado por el Sena. Schwartzemberg, volviendo sobre sus pasos, había podido atravesar este último río en Bray, teniendo que retirarse Victor y Oudinot sobre el riachuelo Yeres, y los cuerpos avanzados austro-rusos y alemanes asomaban ya á Provins, á Naugis y á Fontainebleau. Napoleón confió á Marmot y á Mortier el cuidado de contener á los restos del ejército de Blücher, y, recogiendo al paso las tropas de Macdonald, voló al auxilio de Victor y Oudinot. Reunido con éstos, tenía á sus órdenes sesenta mil hombres, con los que se propuso recobrar los puentes del Sena é interponerse entre los cuerpos enemigos que habían cruzado este río y los que aún estaban al otro lado. Las tropas de Napoleón destruyeron los primeros destacamentos rusos y alemanes con que se tropezaron. Schwartzemberg solicitó un armisticio. El Emperador demoró contestar; siguió adelante, y el diez y ocho de Febrero, Gérard y Pajol desalojaron á los wurtembergueses de la meseta de Surville apoderándose de los collados, del puente y de la ciudad de Montereau, al mismo tiempo que Macdonald rechazaba á Wréde, Oudinot hacía retroceder á Witgenstein, y Bianchi era obligado por Allix á evacuar á Nemours. Los aliados habían perdido en estas jornadas diez mil hombres; pero

lograron replegarse y mantener el contacto entre sus diferentes cuerpos. Declarado en retirada el ejército de Schwartzemberg, Napoleón se fué por la orilla del Sena aguas arriba, hacia Mery, donde esperaba poder atacarlo por la espalda. En Mery, sin embargo, no encontró á Schwartzemberg, sino á Blücher. El activo y enérgico general prusiano, después de haber reunido los restos dispersos de su ejército y recibido refuerzos, que elevaron el número de sus soldados á cuarenta y cinco ó cincuenta mil, se había corrido rápidamente hacia aquellos sitios. Napoleón dejó á Blücher en la ribera derecha del Sena y marehó por la izquierda, á Troyes, en busca del otro general aliado. Este, no obstante ser sus fuerzas muy superiores en número á las de su adversario, temió las consecuencias de un choque decisivo, y obtuvo del czar Alejandro la autorización necesaria para renovar su proposición de armisticio. Napoleón, sin rehusar discutir las condiciones de la tregua que se le pedía, continuó avanzando. Los aliados amenazaron quemar á Troyes si se les atacaba, aunque prometieron abandonar la población. Napoleón se contuvo, y aquellos salieron de la ciudad al día siguiente.

El Emperador de los franceses hizo cuanto pudo por obligar á Schwartzemberg á batirse. Todo fué inútil: el gran ejército de la coalición se retiró á Chaumont y Langres, dejando destacados algunos cuerpos en el Aube.

Los aliados se proponían solamente ganar unos días. Repuestos de la sorpresa y aturdimiento que les había producido los golpes fulminantes descargados por Napoleón, comprendieron que nada debían temer, dados los grandes recursos con que contaban. Agregaron al ejército de Blücher los dos primeros cuerpos del de Bernadotte, con lo que el general prusiano, dobladas sus fuerzas, podía operar á la espalda de Napoleón y cortarle la retirada, mientras Schwartzemberg le daba la cara. Inglaterra, que sostenía con sus subsidios las tropas suecas, obligó á Bernadotte á sufrir esta desmembración de su ejército, dándole, por vía de compensación, el mando de las tropas británicas de Holanda y Bélgica. Las potencias unidas consolidaron su alianza en un tratado que se firmó en Chaumont el primero de Marzo. Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se comprometían á mantener cada una ciento cincuenta mil soldados, hasta que la guerra concluyera. La Gran Bretaña, además aprontaría un subsidio anual de ciento cincuenta millones, á repartir entre sus tres aliados. Conseguida la paz, cada una de las cuatro potencias contratantes debía auxiliar con cincuenta mil hombres á cualquiera de las otras que fuese atacada por Francia; el término de esta obligación se fijaba en veinte años. No habiéndose ajustado el armisticio, los aliados acordaron también señalar un plazo, pasado el cual sin haber aceptado Napoleón las últimas proposiciones que le habían hecho, romperían todo género de negociación con él.

Según dichas proposiciones, Francia había de resignarse á volver á sus fronteras de mil setecientos noventa y dos. Este acuerdo, tomado dos ó tres semanas antes en un Con-

greso que los representantes de las potencias aliadas celebraran en Chantillón sur Seine, había sido comunicado al plenipotenciario francés, que asistía á la reunión. Al recibir el Emperador el documento donde se hacía constar aquella resolución, se había encerrado en su gabinete, después de haberlo leído, negándose á hablar con todo el mundo. Al fin, pudieron entrar en la habitación sus confidentes más íntimos, Berthier, el príncipe de Neumburgo y Maret, duque de Bassano. Napoleón les mostró el escrito, sin pronunciar una sola palabra; ellos lo leyeron y atrevieron á indicar la imprescindible necesidad de ceder, á lo que el Emperador, interrumpiéndoles, había contestado bruscamente: «¿Qué! ¿queréis que firme esas condiciones pisoteando mi juramento? Desgracias inauditas pudieron arrancarme la promesa de renunciar á las conquistas que yo había hecho; pero querer que ceda lo que antes fué conquistado, que entregue el depósito que con tanta confianza me encomendaran, que en medio de tantos trabajos, de tanta sangre y de tantas victorias dejé á Francia más pequeña que la encontré, ¡jamás! ¿Podría consentirlo sin hacerme reo de cobardía ó de traición? Francia necesita la paz, pero la que quieren imponerme traería males mayores que la más encarnizada guerra. Meditadlo bien: ¿qué sería yo á los ojos de los franceses si firmase su degradación? ¿Qué podría contestar á los republicanos del Senado cuando me pidieran sus fronteras del Rhin? ¡Dios me libre de tal bochorno!». Razón tenía al expresarse en estos términos, mas suya era la culpa de haber impulsado las cosas á tal extremo que había que optar entre la vergüenza de la humillación y la vergüenza del vencimiento, para tener que sufrir en un caso ú otro la desmembración del territorio nacional, engrandecido por la República.

Había sucedido lo que acabamos de referir antes de las recientes ventajas obtenidas por Napoleón, el cual, envalentonado con ellas, estaba cada vez más lejos de querer transigir con las duras condiciones formuladas por los aliados; bien al contrario, considerándose en vías de poder recuperar el terreno perdido, al saber que el príncipe Eugenio acababa de derrotar á los contrarios en las orillas del Mincio, revocó la orden, que le había dado mandándole venir á Francia. Pronto, empero, debían desvanecerse sus últimas ilusiones.

Viendo que Schwartzemberg se retiraba, Napoleón intentó repetir la combinación anteriormente realizada con tanto éxito. Dejando pues, en la línea del Aube á los mariscales Oudinot y Macdonald y al general Gerard, con el encargo de oponerse al avance del principal ejército de la coalición, corrió á auxiliar á Marmont y Mortier contra Blücher, quien, habiendo atravesado el Marne en la Perté-sur Jouarre, estaba detenido en el Oure ante los dos mariscales últimamente mencionados. El Emperador le cogió de flanco, empujándole hacia el Aisne, su plan era desbaratarlo, inclinarse en seguida á los departamentos orientales, recoger las guarniciones de las plazas fuertes que en ellos había, reunir de este modo cien mil hombres y marchar otra vez contra Schwartzemberg. En las

provincias invadidas se rehacía el espíritu público, soliviantado por las exacciones y vejámenes de que los naturales eran víctimas, y los campesinos de los departamentos de los Vosgos y el Jura se armaban como mejor podían y comenzaban á detener los convoyes y á exterminar los destacamentos de los aliados. De haberse hallado París en condiciones de defensa, el plan de Napoleón habría sido magnífico, y todavía, sin estarlo, podía dar resultados excelentes; pues batido Blücher, era difícil que Schwartzemberg se decidiese á avanzar sobre la capital sabiendo que Napoleón quedaba á sus espaldas. Los aliados no poseían ningún punto en la línea del Aisne, y Blücher, que seguía el camino de Soissons, debía ser aplastado por el ejército imperial francés contra los muros de esta plaza.

Mientras Napoleón se llevaba á Blücher por delante, presentábase ante Soissons y la intimidaban rendirse los prusianos de Boulou y los rusos de Wintzingerode, que se habían acercado por las dos orillas del Aisne. La plaza se encontraba en mal estado, y el gobernador militar no se había cuidado de mejorar sus fortificaciones; mas á pesar de ello, y de no contar con más de mil hombres de guarnición, como éstos eran polacos, es decir, combatientes entusiastas y decididos, cuyo valor crecía por oírse ya á lo lejos los cañonazos que disparaba el ejército de Napoleón, podía aguantar uno ó dos días, arrojando las contingencias del asalto. Habría sido lo bastante para permitir á Napoleón echarse sobre Blücher. Comprendiéndolo así, los soldados y el comandante de ingenieros pedían resistir á todo trance; el gobernador perdió la cabeza ante las amenazas del enemigo, y capituló. El día tres de Marzo por la tarde, Boulou y Wintzingerode se unieron en Soissons, y el cuatro, Blücher tuvo á su disposición esta plaza, ante cuyas murallas parecía ayer que iba á ser destruído. Era ya dueño del paso del Aisne y sus fuerzas se habían doblado, elevándose á cerca de cien mil hombres, mientras sus contrarios apenas disponían de cincuenta mil.

La entrega de Soissons y el aumento del ejército de Blücher eran para los franceses un golpe terrible. La víspera, todas las probabilidades militaban á su favor; ahora, ocurría precisamente lo contrario. No cambió por ello de plan el Emperador, sino que, persistiendo en la ejecución del que se había trazado, siguió á Blücher al Norte del Aisne. Cruzó este río en Berry-au-Bac, y el día siete acometió á parte del ejército aliado en las alturas del Caronne, entre el Aisne y el riachuelo del Ailette, desalojándolo de ellas, después de largo y sangriento combate. Los jóvenes reclutas, sostenidos vigorosamente por los restos de la antigua guardia, conquistaron, á pesar de su inferioridad numérica, las fuertes posiciones del enemigo. Los generales rusos recibieron orden de Blücher de replegarse á Laón: la jornada les había costado cinco mil hombres; las pérdidas de los franceses no fueron mucho menores. Napoleón, con su buen golpe de vista militar, había adivinado que en Caronne no estaba toda la hueste aliada, inclinándose á pensar que la tenaz de-

fensa de aquellas posiciones había tenido por objeto encubrir ó la retirada de Blücher sobre Avesnes, ó un nuevo movimiento del feldmariscal sobre París, por Laón, La Fère y la orilla derecha del Oise. En cualquier caso, creía que Laón no sería ocupado sino por fuerzas de la retaguardia del enemigo. No se prometía ya, como algunos días antes, «exterminar el ejército de Silesia»; pero si lograba apoderarse de Laón, escarmentar la retaguardia de Blücher y arrojar á éste sobre su base de operaciones era ya bastante conseguir. Libre París del peligro que le amagaba, en retirada los prusianos, la coalición asustada, tales serían los importantes frutos obtenidos.

En vez, empero, de situar en las formidables posiciones de Laón tan sólo una fracción de su hueste, como Napoleón esperaba, Blücher había apostado todo su ejército. El Emperador de los franceses llegó delante de Laón el nueve de Marzo, y como la montaña le ocultaba la mayor parte de las masas enemigas, que estaban al Norte y al Este de la ciudad, perseverando de su equivocada creencia, ordenó dar varios asaltos, que fueron rechazados. Los rusos y prusianos, engañados por el corto número de franceses empeñados en el ataque, temían ser embestidos en otro punto por fuerzas más considerables y permanecieron todo el día á la defensiva. Durante la noche, los prusianos de York y los de Kleist sorprendieron en el vivaque al cuerpo aislado del mariscal Marmont, le desordenaron por completo y lo persiguieron, batiéndole hasta el desfiladero de Festieux. Marmont perdió tres mil hombres y toda su artillería. Al día siguiente, después de una tentativa desesperada para escalar la montaña, Napoleón tuvo que resignarse á volver piés atrás, camino de Soissons. Informóse aquí de que se habían presentado en Reims quince mil rusos y prusianos; marchó contra ellos, los destrozó y les mató á su general, que era un emigrado francés, al servicio de Rusia, de nombre Saint-Priest. Este triunfo no compensaba el grande descalabro de Laón: la situación era de cada vez más sombría. Mientras se reñían estas luchas al Norte del Marne, Schwartzemberg había tomado la ofensiva en la línea del Aube, de donde Oudinot, Macdonald y Gérard, que en junto reunían poco más de treinta mil hombres, se replegaron sobre el Sena, entre Nogent y Montereau, siéndoles imposible hacer frente á los cien mil soldados del general austriaco, no obstante haber sostenido el primero de ellos honroso combate contra fuerzas cuatro veces mayores, en Delancourt, el veintisiete de Febrero.

Hasta este momento, los aliados habían prestado poca atención á las cuestiones de orden y gobierno interior de Francia, á pesar de las demostraciones hechas por los realistas de algunas ciudades donde entraran. Las cosas cambiaron cuando recibieron en su cuartel general la visita de un agente que desde París les enviaban personajes colocados en muy alta posición.

Talleyrand había recibido repetidas humillaciones é injurias de Napoleón; las sufría en silencio é inclinándose respetuosamente, pero ni las olvidaba ni las perdonaba. Su buen

sentido, por otra parte, le hacía ver con claridad la próxima ruina que amenazaba al Imperio, y no quería ser envuelto en el desastre. Recapacitando, pues, acerca del particular, se fijó en la dinastía derrocada, pensando que si aceptaba ciertas condiciones, su vuelta sería posible, y, respecto á él, saldría ganando en influencia y valimiento. Desde entonces, no tuvo más deseo que el de acelerar todo lo posible la inevitable caída de Napoleón. A fin de conseguirlo, lo primero que se necesitaba era quitarle París. Sabía Talleyrand que los parisienses estaban muy descontentos, y entendió que si los aliados se encaminaban en derechura á la capital, sería fácil provocar un movimiento y destronar á Napoleón. Era harto taimado, sin embargo, para comprometerse directamente en semejante negocio; así es que, hombre ducho en astucias, valiéndose del duque de Dalberg; muy travieso y activo, alemán afrancesado y sobrino del último canciller del Imperio germánico. Dalberg, á su vez, se sirvió del señor de Vitrolles, el cual fué á verse con los soberanos aliados, á quienes instó á avanzar sobre París, manifestándoles que sus habitantes sólo esperaban la ocasión de sacudir el yugo del Imperio. Las palabras de Vitrolles confirmaron á los invasores en su propósito de seguir adelante, sobre todo, cuando detrás del emisario descubrieron la figura de Talleyrand. Había transcurrido ya el plazo señalado á Napoleón para conformarse con las fronteras de mil setecientos noventa y dos, y como el Emperador nada había dicho, el diez y nueve de Marzo se declararon rotas las negociaciones y disuelto el congreso de Chantillón.

Mientras tanto, Napoleón insistía en su proyecto de recoger las guarniciones de los departamentos orientales. Con esto se separaba de la capital, cuya protección debiera haber sido lo más importante; pero realmente carecía de libertad para obrar de otra manera: la combinación que meditaba era su último recurso. En su virtud, después de reorganizar algo su ejército en Reims; guarneció á Soissons y dirigióse á Espernay, recibiendo en este punto malas noticias del sudoeste. El mariscal Soult, acometido en Orthez por Wellington el veintisiete de Febrero, se había retirado hacia Tolosa, dejando descubierto á Burdeos, á donde el general inglés destacó algunas divisiones, yéndose él tras el duque de Dalmacia con el grueso de su ejército. Los bordeleses aborrecían el Imperio, que arruinara su comercio, y no habían pensado en defenderse de las tropas de Wellington, que entraron en la populosa ciudad sin hallar resistencia. Los realistas, que allí abundaban, arrastraron á las clases mercantiles, se pusieron la escarapela blanca, proclamaron el restablecimiento de los Borbones y acogieron con vivas ardorosos al duque de Angulema, hijo primogénito del conde de Artois y sobrino del pretendiente Luis XVIII. Viendo que Burdeos estaba perdido y que Schwartzemberg iba camino de París, resolvió Napoleón dar á éste un golpe antes de alejarse más. Schwartzemberg, advertido del movimiento de su adversario, retrogradó y se concentró, de modo que, al alcanzarle Napoleón en Arcis-sur-Aube el veinte de Marzo, tenía aquél noventa mil hombres: los france-